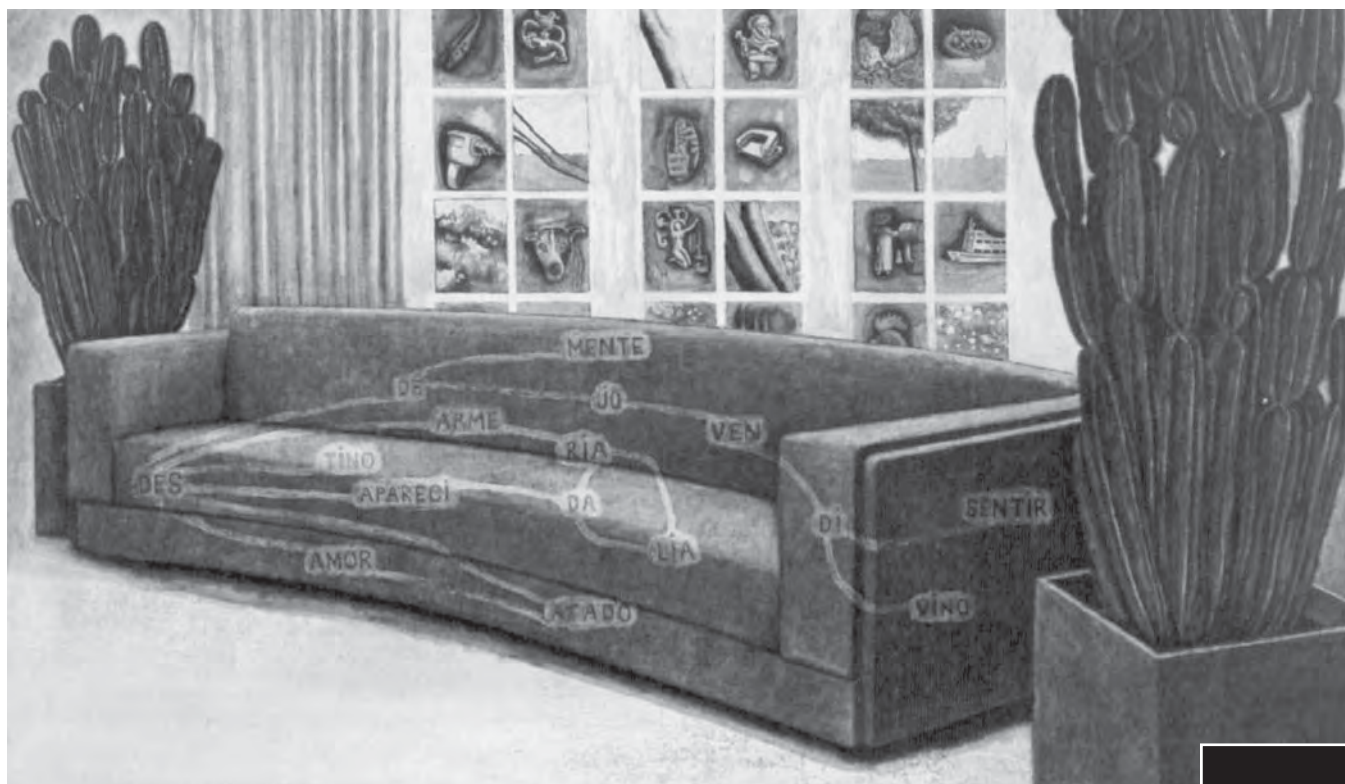


Una autobiografía no autobiográfica

Salvador Clotas



Yamandú
Canosa
H-403
1992

En 1987, el crítico literario Josep María Castellet publicó *Els escenaris de la memòria*, que obtuvo el premio de narrativa Juanot Martorell. No era una novela sino su primera y muy personal incursión en el género memorialístico. Tampoco se trataba de unas memorias en sentido estricto sino de una colección de textos, escritos sin un propósito unitario, en los que, a través de encuentros con diversos escritores, el autor nos dejaba vislumbrar episodios de su propia biografía. Ungaretti, Rodoreda, Pasolini, Paz, Aranguren, Gimferrer, Calvino, Mary McCarthy y, como destinatario de una carta, Josep Pla, son los conocidos actores que pueblan el escenario de su memoria.

Más de veinte años ha tardado Castellet en reincidir en este tipo de literatura. Lo ha hecho con un formato muy parecido pero, a mi entender, de una forma más premeditada y perfecta, como trataré de explicar.

El volumen, traducido al castellano en 2009, lleva el título de *Seductores, ilustrados y visionarios. Seis personajes en tiempos adversos*. Al contrario de lo que ocurre con el libro anterior, los personajes pertenecen todos a un mismo lugar, Barcelona, con excepción de Joan Fuster, y como en el libro anterior, los acontecimientos tienen lugar en el dilatado periodo que va desde 1950 hasta finales la década de los años 70. Se trata, pues, de una visión

de los últimos treinta años del franquismo muy centrada en Barcelona. Manuel Sacristán, Carlos Barral, Gabriel Ferrater, Joan Fuster, Alfonso Comín y Terenci Moix son los seductores, ilustrados y visionarios que Castellet, con gran precisión, retrata en la obra. No creo que todos fueran visionarios. Para Castellet, pocas dudas caben, el más seductor fue Comín, al que dedica hasta doce adjetivos: lúdico, divertido, irónico, burlón, muy risueño, desenvuelto, socarrón, noctámbulo, parlanchín, curioso, chismoso, prodigiosamente impuntual. Su doble personalidad de cristiano y marxista lleva a Castellet a curiosas reflexiones. Como la que cierra el capítulo

dedicado a Comín: sobre la seducción y la gracia en sentido religioso, lo que le lleva comentar la película *Teorema* de Pasolini y relacionarla con el famoso verso de San Juan de la Cruz «mil gracias derramando». El tema de la seducción interesó mucho a los compañeros de generación de Castellet, como por ejemplo a Barral y a Gil de Biedma.

Los distintos retratos o relatos se ordenan casi cronológicamente, lo que da al libro mayor coherencia narrativa y al lector una bien ordenada lectura.

Antes de proseguir, quiero explicar que conozco a Castellet desde hace muchos años y siento una gran amistad por él. Lo conocí cuando yo era estudiante y amigo de Gabriel Ferrater lo cual, en aquel momento, seguramente fuese mi tarjeta de visita literaria. Formé parte de un pequeño equipo que, bajo su dirección, pretendía hacer una especie de antología de la novela de posguerra, proyecto que no prosperó. Conservo alguna carta que me escribió cuando estaba en la cárcel firmada con un falso «Tu tío», única forma bajo la que la autoridad carcelaria permitía que, por razones de parentesco, yo la recibiera. Posteriormente coincidimos en el comité de lectura de la editorial Seix Barral, como él mismo cuenta en su libro, y en los jurados de los premios Biblioteca Breve y del Barral de novela. Con Carlos Barral y Gabriel Ferrater (de quien Castellet afirma que era el mejor lector que había conocido nunca) tuve mucha amistad. También con Terenci Moix, aunque con él tuve menos trato. En un momento dado tuve mucho contacto con Comín, en un tramo de su vida que Castellet no refleja, y también con Sacristán, en mi época en la editorial Labor. Con Fuster tuve algún

encuentro y un almuerzo propiciado por mi amigo Joan Lerma, que presidía entonces la Generalitat Valenciana.

Si me he extendido en estas notas personales es para hacer patente que he leído el libro como si algo de mi vida estuviera también entre sus páginas, lo que no creo que pueda restar ni un ápice a la validez de mi valoración de la obra, producto del interés y la admiración que me ha producido su lectura, aunque haya sido algo tardía.

Estamos ante un libro que, aunque seguramente en sus inicios no fuese pensado como unidad, pues reúne distintos escritos elaborados a lo largo de unos cuantos años, tiene toda la rotundidad y la fuerza de una obra pensada y ejecutada según un plan. Y eso por varias razones. Ya he apuntado la unidad de tiempo y espacio de las evocaciones y el carácter seductor e ilustrado de todos ellos. Pero el factor uniformador de mayor calibre se manifiesta en la impresionante cita que encabeza el libro: «¿Tú tenías amigos? Sí. ¿Muchos? Sí. Muchos. ¿Te acuerdas de ellos? Sí, me acuerdo. ¿Qué les pasó? Murieron. ¿Todos? Sí. Todos. ¿Los echas de menos? Sí. ¿Adónde vamos? Vamos hacia el sur. Vale» (1). Creo que el tono de esta cita de Cormac McCarthy reverbera a lo largo de toda la obra. Los personajes son los amigos desaparecidos cuya ausencia marca la nueva situación existencial que vive el autor, que es la de todos aquellos que han cumplido ya los setenta años. El libro tiene un tono ligeramente nostálgico. Ha escogido, pues, a seis de los amigos con los cuales mantuvo una amistad, aunque de distinto carácter, como

bien explica. Están los compañeros de colegio o de generación, como Sacristán o Barral, y otros más alejados por razón de la edad, como Comín y Moix (quien seguramente le llamó *Mestre*).

La relación con estos personajes se extiende desde 1950, cuando Castellet reposa aquejado de tuberculosis en el sanatorio de Puig d'Olena —donde recibe cartas de un joven y aún políticamente ambiguo Sacristán—, hasta los años 70, en el caso de Comín y Moix.

Todos son escritores aunque algunos, como Comín y Sacristán, tengan una fuerte personalidad política, y Barral fuera, además, editor. Aunque sin duda los ha escogido por su fuerte relación con ellos, el conjunto constituye un panorama de la vida cultural en tres décadas del franquismo. Analizados con gran penetración y tratados con delicadeza, la evocación de Castellet consigue superar cualquier visión tópica de estos archiconocidos personajes.

Sacristán no es el joven falangista que había ido a abuchear a los que asistían al estreno de *Gilda* y se convierte súbitamente en un líder comunista, sino un joven serio e inteligente que experimenta una evolución en aquellos tiempos adversos.

De Barral dice que «lo conocía como si lo hubiera parido» y explica sobre todo los años que le transforman de joven poeta burgués en gran editor, símbolo para la *intelligentsia* europea de la lucha por la libertad en España, lo que Castellet no deja de comentar con cierto escepticismo.

La lucha de Gabriel Ferrater por conseguir el Prix Internacional para su admirado Witold Gombrowicz en las convocatorias de Valescure y Gammarth (Túnez), centran su retrato. No conocía la carta de renuncia que Ferrater dirige al jurado del Prix

(1) Cormac McCarthy, *La Carretera*, Mondadori, Barcelona, 2007. Traducción de Luis Murillo Font.

Internacional y que quizá aquí se publique por primera vez. Es un texto muy duro, en el que afirma con contundencia: «Sólo apuntaré que toda forma de nacionalismo me parece un fenómeno muy peligroso de autocompasión y de compensación de esta compasión, y no quiero mirar demasiado de cerca este tipo

astrales, la mía y la de Ferrater. No nos conocía de nada y eran impresionantes, por su clarividencia o perspicacia. La imagen de Castellet en el aeropuerto con una inmensa jaula blanca, naturalmente vacía, es imposible de olvidar.

Si me preguntasen cómo veo a Comín, al que traté algo aunque

Dámaso Alonso. Castellet demuestra aquí, como en otros capítulos, su capacidad para el retrato inteligente y generalmente algo irónico, e incluso grotesco, esbozado en pocas páginas. Otra muestra de ello es el personaje de Líster, que casi arrebató el protagonismo a Terenci Moix, escritor a quien Castellet respeta por su talento y su profesionalidad pese a que sus caprichos y arbitrariedades suscitan su bien conocida sonrisa. Asimismo aparecen en el libro amigos como Carmen Alcalde, Jorge Semprún, Jordi Petit, Jaime Salinas, además de otros a quienes retrata con acierto en unas pocas frases.

Su lenguaje natural y coloquial no impide a Castellet hacer reflexiones teóricas sobre la política y la cultura, e incluso llega a haber algunos momentos de expresión más lírica. Y ante todo, planean sobre el relato el sentido del humor y el escepticismo del autor, que él mismo define como «un escepticismo materialista de vuelo rasante». Demuestra una

capacidad narrativa propia de un novelista, aunque haya afirmado que nunca escribirá una novela. En este sentido debe mencionarse el episodio del encuentro con Jorge Semprún en el ascensor de su casa.

Pienso que *Seductores, ilustrados y visionarios* es un auténtico texto autobiográfico aunque no se inicie con el consabido «Yo nací...», y el auténtico sujeto de la obra parezca ocultarse en las seis figuras retratadas. Aquí tengo que referirme a uno de los aspectos que más me interesan del libro: su personal e inteligente técnica del relato autobiográfico.

En todos los casos, menos en el de Ferrater, que empieza con la ya



Yamandú
Canosa
H-131
1990

de cosas». Como viví la experiencia tunecina, sólo puedo corroborar el relato de Castellet e introducir un matiz. Como dice Castellet, Gabriel se había separado poco tiempo antes de su esposa, la norteamericana Jill, una persona magnífica, por lo que creo que fue, sobre todo, su situación emocional la que influyó de forma muy decisiva en sus excesos y contradicciones narrados en el libro.

De regreso de Túnez, viajé con ellos también a Roma, donde debía visitar a varios editores europeos, entre otros a la directora de Longanesi, que hizo para mí dos cartas

nunca tuve amistad con él, diría que exactamente como lo describe Castellet y no me refiero sólo a su compleja personalidad sino también a su apariencia física, tan bien descrita por Castellet en sus diversas etapas; «Era un sarmiento pálido con ojos penetrantes». Le traté sobre todo en un breve momento que Castellet no menciona y que fue el de su, para mí sorprendente, adscripción al movimiento de Lanza del Vasto durante la estancia de este personaje en Barcelona.

El relato sobre la figura de Ferrater, introduce dos figuras alejadas del escenario de su obra geográfica y culturalmente: Gerardo Diego y

citada carta de Gabriel, se inicia el relato sin el personaje objeto del retrato. Son las circunstancias de su vida que le llevarán al encuentro con este personaje las que narra con todo tipo de detalles, como ocurre con la estancia en el sanatorio en el capítulo sobre Sacristán o el viaje al Cairo en el de Comín.

Sólo el inicio del texto dedicado a Barral constituye uno de los momentos en los que Castellet asume claramente el pleno protagonismo de su libro. Lo hace en un tono emotivo y casi poético, en diálogo consigo mismo, que creo oportuno reproducir:

«Una vez que todo hubo pasado y se hubieron cumplido de manera digna y respetuosa los ritos secularmente establecidos, justo cuando el tiempo empezó a convertirse en memoria, en el mismo momento en que cruzabas el umbral de la habitación solitaria, te diste cuenta de que

te encontrabas en un nuevo escenario en el que debías seguir representando el papel de siempre, es decir, a ti mismo, pero ahora sin ningún observador, sin ningún testigo, ni siquiera una sombra compasiva».

Narra su regreso a Calafell, su paseo solitario, su descubrimiento del paso del tiempo en la imagen de la casa cerrada y desierta de la familia Barral.

Por otra parte, el auténtico protagonista no ahorra detalles sobre sí mismo, su familia materna, su esposa Isabel, casi siempre presente, su trabajo, su ideología e incluso episodios de su vida personal como su breve exilio en Andorra o los más nimios detalles de lo que está contando. Sin embargo, no desea que la atención se centre continuamente en él mismo, prefiere diluir su propia imagen entre la de los seis personajes.

No creo que lo haga por algo parecido a la falsa modestia, porque crea que su vida no merezca ser contada; no. Es por la ambición de contarla de una manera coral. A través de ese conjunto de personajes consigue implicarnos y que nos reconozcamos en aquellos tiempos adversos de los que también es cronista. Y un cronista excelente.

Al finalizar la lectura de la obra, toda una etapa de nuestra historia colectiva, cultural y política, ha pasado ante mis ojos, narrada no al estilo de un historiador, sino con el estilo, mucho más persuasivo, del memorialista y el novelista. Este importante libro de Castellet, junto con las memorias de Barral, me parecen lecturas indispensables, por su veracidad, para acercarse a lo que fueron aquellos años adversos o de penitencia. En ambos casos se trata, además, de muestras de buena literatura. □

Editorial Pablo Iglesias

Recuerdos fraternales

España desde el exilio

JOSÉ MARTÍNEZ COBO



ISBN: 978-84-95886-39-2
420 páginas

La España de Zapatero

Años de cambios, 2004-2008

ANNA BOSCO
IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA
(EDS.)



ISBN: 978-84-95886-39-2
290 páginas

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha. 28010 Madrid Teléfono: 913 104 696 - 913 104 313 Fax: 913 194 585
editorial@fpabloiglesias.es www.fpabloiglesias.es